

aquele lugar. Dejó la dama su instrumento, y poniéndose de pechos en el balcón, pudo, aunque era de noche, ver al atento caballero, que viendo tan cerca la ocasión, no la quiso dejar pasar; y así, llegándose cuanto cerca pudo, la dijo: Dichosísimo el ausente que merece que tan regalada voz celebre su ausencia; mucho quisiera saber quién es para darle por alegres nuevas la dicha que tiene. Algun sobresalto mostró la dama, cogiéndola descuidada aquellas razones; mas cobrándose, aunque no conoció por entonces á quien se las decía, le respondió: No cae sobre suceso de ausencia ni algun cuidado el haber cantado esta letra, y así os excusaré la diligencia de dar á ningun ausente nuevas de que es favorecido. ¿Qué certeza puedo yo tener de esto, dijo don Alejandro, cuando en lo penoso del dejo conozco pasión en vuestro pecho? Qué os puede importar tenerla? dijo ella. Ya mucho, dijo él, que no es tan flojo hechizo el de vuestra voz que no haya hecho sus efectos en este oyente, y así solicita el cuidado seguridades para vivir en su empleo gustoso. Causóle risa á la dama oír esto á don Alejandro, y díjole: ¿Qué bien hacen las mujeres que son lisonjeadas en no creer á los hombres, pues nunca les tratan verdad! ¿En qué juzgais que no son verdaderos? dijo él. En que si como vos encarecen sus finezas, replicó ella, habiendo tan poco tiempo que aquí estáis, ¿cómo les deben dar entero crédito? Pues por solemnizarme lo mal que he cantado ponderais que es hechizo mi voz, haciendo quien la oye mucho con su cortesía en esperarla tres coplas de un tono. No os arrojéis por el suelo ni despreciéis mi verdad, dijo él, dándole otro nombre; vuestra voz es singular, los accidentes con que habeis cantado lo serán también, pues es cierto se dirigen á la causa de la letra; solo le faltó por colmo otra de celos, si no es que vivais tan segura que no os los podrá dar.

Mejoróse del lugar la dama para hablar mas de propósito con don Alejandro, aunque no le conocía, por pensar que con algun fundamento lo hablaba tan misterioso, y así le dijo: Si lo que me ponderais el hechizo es tan verdadero como vuestra sospecha, bien puedo afirmarme en que sois de profesion lisonjero; y así, os suplico, por mi abono lo digo, que la aflicción de una necia melancólica no la atribuyais á pena de ausencia, que nunca he sabido qué es tenerla por nadie, ni tampoco la pienso tener. Diera yo porque eso fuera cierto, dijo él, cuanto poseo. ¿Y es mucho? dijo ella. Poco es, replicó él, respecto del sugeto por quien lo ofrezco; mas lo mismo fuera ser señor del mundo, que todo lo diera por bien empleado. Sin duda que hoy me levanté con buen pié, dijo la dama, pues oigo en mi favor tantos, que me dejen enauvecida si pensara que tenia partes para sin ser vista enamorar; y á fe que á verme de día, no confirmárades lo dicho con tanto afecto. Con lo oído, dijo él, no me puedo enganar, y así por fe presumo que quien en esa gracia está consumada, lo será también en las demás de que carezco, por serme poco favorable la noche; y pues no os digo esto de rayos y esplendores de que se valen los que halagan con las pa-

labras y lisonjean con los mentidos afectos, creeréis de mí que comienzo á amaros con verdades. Ahora bien, yo os quiero comenzar á creer, si me decís quién sois, dijo ella. Mereceré primero con mis finezas, replicó él, para que su valor supla el que me falta en la calidad. Ahora os tengo por hombre de partes, dijo ella, pues esa desconfianza teneis de vos, y habréisme de perdonar que me llaman para una visita, y es fuerza irme por no dar nota con que me hallen aquí. Pues ¿seréis servida, dijo don Alejandro, de dejaros ver mañana en este puesto á estas horas? No sé si podré, dijo ella; mas venid, que eso es merecer, aunque yo no salga. Yo estaré aquí, replicó el ya aficionado galán, mas fijo que los sillares que sustentan este cielo que os atesora. Mucho llevo que pensar en eso de encarecer, dijo ella; para otra vez venid enmendado de hipérboles, que no soy amiga de oírlos, por tener por fabulosos á todos los que en ellos tratan, y mas con el conocimiento que tengo de lo poco que valgo. Con esto hizo una gran cortesía y se quitó del balcón, pesándole á don Alejandro que tan presto se ausentase de él, que quedó muy picado, así de su voz como de su entendimiento, y deseaba saber quién fuese con grandes veras. No se apartó la dama menos cuidadosa que el galán, porque luego mandó á un criado suyo que supiese quién era y le siguiese hasta saberlo; hizolo así, no costándole mucho la diligencia, porque á pocos pasos le vió poner á caballo y le conoció, volviendo con el aviso á su ama, que no se holgó poco de saber que fuese don Alejandro, de quien habia oído tantas alabanzas y visto hacer tan bizarras suertes en la plaza con los toros.

CAPITULO VII.

Prosigue el pasajero la novela de *Quien todo lo quiere, todo lo pierde.*

En llegando don Alejandro á su posada, quiso informarse de un vecino suyo quién era la dama con quien habia hablado, y dándole las señas del puesto de la alquería, supo de él llamarse doña Isabel, el apellido se calla, dama de grande calidad y partes en aquella ciudad, igualando su hermosura con su grande entendimiento. Fué esta dama hija de don Berenguel Antonio, un bizarro caballero que sirvió en la guerra muchos años, y ya dejadas las armas, se habia casado en anciana edad, de quien procedió esta hermosa dama, que entonces se hallaba sin sus padres, heredera de una corta hacienda, porque la de don Berenguel era de una encomienda que la majestad de Felipe II le habia dado por premio de sus servicios. Esta dama estaba en compañía de una anciana, tía suya, que lo mas del tiempo estaba enferma, y habíanse retirado á hacer la seda en aquella alquería. De todo se informó don Alejandro largamente, aunque de lo esencial de las partes de doña Isabel tenia ya bastantes noticias, porque en toda Valencia no se celebraba otra cosa que su claro ingenio y agudo entendimiento, extendiéndose hasta hacer muy lindos versos, gracia que se debe estimar en una dama de las partes referidas. No habia visto don Alejandro á esta dama, y deseaba,

aun antes de haberla hablado, verla, y desde que supo ser el dueño de aquella alquería, acrecentósele mas este deseo, con el cual procuró algunas veces salir al campo con ganas de toparse otra ocasión como la pasada; pero no tuvo tal dicha, por estar la tía de doña Isabel aquellos días enferma y no se apartar de su lado.

Bien se pasaron mas de quince días, en los cuales doña Isabel pudo, con la mejoría de su tía, hallarse en un velo que se daba á una monja en el monasterio real de las que estaban de embozo en la capilla, y así se fué á ella con otros dos amigos, y llegándose á la dama, les dijo á los amigos: Agravio hacen estas damas á la señora monja en retirarse de lo que todos gozan; pero atribúyolo á que deben ser poco inclinadas á aquel estado, pues aun no quieren ver cómo se profesa en él. Holgóse doña Isabel con la presencia de don Alejandro, á quien ya habia visto en la iglesia, y quisírale menos acompañado que venia; mas disimulando la voz, le dijo: Como no somos de las convidadas á esta fiesta, no cumplimos con todos los requisitos que hacen las que lo son; y en cuanto á retirarnos de carecer de ese acto, como se ha visto otras veces, no le vemos esta, porque en una basta para saber lo que es la que hubiere de elegir el estado de monja. Segun eso, dijo un amigo de don Alejandro, vos no seréis de las que le apetecen. No digo nada hasta ahora, porque eso ha de venir por vocación, y yo no la he tenido. Ya en eso, replicó don Alejandro, nos dais á entender que por lo menos no sois casada, pero que deseais serlo. Yo no tengo que dar cuenta, dijo ella, del estado á que me inclino, y mas á quien está lejos de deudo mio, para que apruebe mi buen propósito. Pues ¿no daréis lugar con declararos, dijo él, para que sepamos cuál camino elegís? ¿Cuál me aconsejades vos? dijo ella. El de casaros, volvió don Alejandro, habiéndola ya conocido. Y si no tengo partes para serlo, dijo ella, ni en la posibilidad ni en la persona, ¿qué he de hacer? A faltar todo, dijo él, olvidaros de vos misma, que quien no es para monja ni casada, debe quedarse neutral por incapaz. Podré seguir ese consejo, dijo ella. Si vos sois servida, dijo don Alejandro, de descubrir lo que oculta vuestro manto, yo os daré consejo mas á propósito: esto dijo acercándose mas á ella, á tiempo que doña Isabel pudo cuidadosamente descubrir uno de sus hermosos ojos, que vieron los dos amigos. Si eso me ha de costar, dijo ella, bien me esto y cubierta, aunque por el consejo pudiera atreverme contra mi opinion. Ese atrevimiento, dijo don Alejandro, no la agraviara, que ya hemos visto señales que nos aseguran que podeis elegir el estado del matrimonio, premiando con gran dicha á quien mereciera vuestra mano; y sin ver mas me ofrezco á ser el que se

dispusiera á tan gustoso empleo; á lo mismo se ofrecieron sus dos amigos, pagados de su donaire y de la muestra que dió de su perfección. ¡Hay dicha como la mía, dijo la dama, que por un descuido que he tenido hallé tres pretendientes para mi remedio!

Ahora bien, yo quiero tratar de él, pues carezco de quien me le busque; sepa yo las partes de los que se me ofrecen á elegirme, que conforme á ellas haré elección del que mas tuviere. Cada uno en donaires bur-las comenzó á exagerar sus partes con ridículos disparates y á deshacer las de sus amigos, con que se rieron un rato, entreteniéndose el tiempo, aunque no era á propósito el lugar en que tenían esta conversacion; porque los templos no son lonjas de ellas, sino casas de oracion, que así las llamó Cristo.

Después de haberles oído el informe de su abono la dama, dijo: Yo quedo informada y advertida de lo mucho que merecen caballeros de tantas partes y calidad; consultaré con la almohada quién ha de ser el preferido de los tres; aunque, si va á decir verdad, yo tengo del uno algo mas informe, y aun experiencia de que es bien entendido, y este creo que me ha de inclinar á que le admita, si no teme que yo tenga otro empleo, que le juzgo receloso. Con esto entendió don Alejandro que por él se decía aquello, por lo que entre los dos habia pasado la primera vez que habia hablado con doña Isabel. Era hora de irse el acompañamiento de la fiesta; y así, con otros donaires y chistes se despidieron de la dama, quedándose de los tres el último don Alejandro, el cual le dijo: Buen paga dais á un fino amante, desvelado por vos; no pase el rigor tanto tiempo si no quereis que muera. A que respondió ella: La disculpa sea una enferma á quien asisto; y esto es mas verdad que vuestro encarecimiento; mas yo procuraré deshacer la queja cuando mas descuidado estéis. No hubo lugar de hablarse mas; y así se despidió don Alejandro, quedando la dama muy pagada de él y con deseo de hablarse muy despacio. Dentro de pocos días lo procuró en el mismo balcón donde primero se hablaron; porque acudiendo allí don Alejandro, ella salió y se vieron, de cuya conversacion don Alejandro quedó muy amartelado, y la dama no menos, si bien pudiera no aventurarse á favorecerle, por estarle mal, como adelante se dirá. Viendo don Alejandro en doña Isabel tan claro entendimiento y agudeza tan profunda en decir, por quien adquiría fama de muy entendida, el segundo papel que la envió, después de haberla significado su afición por el primero, fué este con estas décimas:

Tanto en vos la discrecion,
Belisa, está acreditada,
Que pienso fué anticipada
Al uso de la razon;
Prodigio de admiracion
Obró el poder celestial
En vos, mas vuestro caudal,
Que esta dicha ha poseído,
Ya ostenta que lo adquirido
Frisa con su natural.
Anhelantes discreciones
Tienen los amagos vagos;

Pero en vos son los amagos
Discretas ejecuciones;
Almas son vuestras razones
Guiadas de la prudencia;
Cada razon es sentencia
Que pronuncia vuestro labio,
Pues de lo discreto y sabio
Es la fina quinta esencia.
El talento mas perfecto
Que presume de saber
Puede de vos aprender
Rudimentos de discreto;
Que lo ceñido y selecto
De ese ingenio soberano,
Gloria del imperio hispano,
Cuando en su corte faltara
Documento le enseñara
De elocuente y cortesano.
Si vuestro ingenio sutil
La antigüedad conociera,
Veneraciones le diera
En estatuas de gentil;
Goce de un eterno abril
Esa verde adolescencia,
Que su divina prudencia
En nuestra moderna edad
Es sol que á su claridad
No halla humana competencia.

No sabia doña Isabel que don Alejandro tuviese aquella gracia mas de las que tenia, que era hacer versos, y gustó mucho de las décimas, á que respondió con este papel.

«Alabanza que sobra al sugeto por quien se dice es agravio suyo, y descrédito de quien lo escribe, pues el sugeto ponderado, juzgándose ajeno de tanto honor, atribuye el elogio á vituperio, y la alabanza á sátira dicha por ironía; ni me desvanezco tanto que no conozca lisonjas, ni me tengo en tan poco que no se me deba algo de lo escrito; con lo ajustado me obligáredes, si con lo excesivo me ofendeis, con las pocas experiencias que tengo de vuestra condicion y trato; no me persuado á creer de los versos, si bien celo ó demasiado cumplimiento os los han dictado; el tiempo me ha de asegurar de la verdad; con él espero, ó dar-me por agradecida, ó sentirme por injuriada.»

Tuvo modo la hermosa doña Isabel para que este papel viniese á las manos de su nuevo apasionado don Alejandro, el cual quiso satisfacer á la propuesta queja de su dama con hacer esperar al portador y escribirle este:

«La corta alabanza vuestra fuera el mayor descrédito mío, si lo que me sobra de amor no supiera las faltas de lo poeta; mas por no incurrir en otro delito como dese, quiero que la prosa explique lo que la ruda vena no puede, suplicándoos que no con capa de desconfiada discreta acuseis mis necios afectos, que si no igualaron á sugeto tan del cielo, ha sido por lo que tienen tan de la tierra, que no se remontaron donde su dueño coloca sus bien dirigidos pensamientos. Bien merezco crédito en lo que digo, si conocéis lo que siento; y cuando lo queráis ignorar por vuestro recato, no podeis consultándoos al espejo, conociendo que entre muchas victorias que ganeis de vuestros rendidos, soy yo un corto trofeo de esta beldad y un humilde cautivo de vuestra pasion. Remito á que el exámen de vstra experiencia acredite estas verdades, y que de ellas

conozcais que os aclamarán dueño mio todo el tiempo que viviere, para que agradecida pagueis buenos deseos, asegurada de no conocer jamás agravios.»

Con este papel comenzó la hermosa doña Isabel á tener un poco de mas satisfaccion de don Alejandro, facilitándole el ser escogido entre dos amigos suyos. Fueron continuando las vistas y menudeando los papeles, con que este amor iba subiendo de punto entre los dos amantes, encargándole mucho la dama el secreto en el galanteo, cosa que obedecia don Alejandro con mucha puntualidad. Era algo extremada en esto doña Isabel; de suerte que si en algun templo veia ser mirada de su galan, y entonces estaba acompañado de algun amigo, lo que los dos hablaban juzgaba ser en ofensa suya, revelándole su empleo; y así se lo decia ó escribia con tanta certeza como si lo hubiera oido. Llevaba don Alejandro esto con mucha cordura, satisfaciendo sus quejas con la verdad y aplacando su ira, que donde hay amor mayores imposibles se vencen. La mira que llevaba don Alejandro era casarse con esta dama, si bien no tenia hacienda; mas dilataba el hacerlo, deseando salir con una pretension de una encomienda que pedia por sus servicios y los de su tio en Flándes, y esta dilacion que hizo en esto le estuvo despues bien, como se dirá adelante.

Sucedió pues que todos los recatos que la dama tenia, de que no frecuentase pasear su calle, mirar á sus ventanas ni acudir de noche á hablarla, sino á deshora, dándole ya entrada en su casa, sin exceder de lo que lícitamente se permite, ella misma los profanó de esta suerte. El tiempo de Carnestolendas se celebra en Valencia mucho con máscaras, disfraces, torneos y saras; habiárase hecho algunos, donde con disimulo don Alejandro y su dama se hablaron, ofreciéndose danzar juntos y en los acompañamientos que resultan á la salida de estas fiestas. Una se hacia de junta de damas, en casa de una amiga de doña Isabel, adonde fué convidada con otras damas, y asimismo don Alejandro con otros caballeros; no habia sarao, sino esta junta era para juegos entretenidos y bailes alegres. Fué la primera á esta fiesta doña Isabel, algo temprano, y dentro de poco espacio acudió tambien allí otra dama muy bizarra, que envió su madre, acompañada de dos escuderos de su casa, haciendo fiel confianza de enviársela á aquella señora donde se hacia la fiesta, por ser muy amiga suya y vecina del barrio. Las dos pues estaban cuando acertó don Alejandro á venir tambien temprano y solo por aviso que le dió su dama de que así lo hiciese; recibieronle las damas muy gustosas, y él comenzó á entretenerlas mientras venian mas señoras con sazoados chistes y alegres cuentos del tiempo.

La dama que habia venido allí, vecina de aquel barrio, levantóse á ver una labor de cañamazo de un tapete que cubria un bufete, donde estaban dos bujías alumbrando, y celebrando el buen gusto de los matices y lo nuevo de la labor, hizo levantar á don Alejandro á verla; habia en el bufete recaco de escribir, y esta dama, cuyo nombre era Laudomia, se comenzó á

entretener con la pluma en el blanco papel, haciendo algunos airosos rasgos, que escribia con lindo aire. Llegóse don Alejandro á ver lo que hacia, y celebró en ella aquella gracia con alguna exageracion, cosa que oyó su dama, no teniendo pocos celos, así de verle tan cerca de doña Laudomia, como de que celebrase lo bien que escribia; tenia con ella este caballero algun conocimiento por un hermano suyo. Era don Alejandro algo burlon; pues como la viese ocupada en probar la pluma, por burlarla sacósele hácia arriba de la mano, con que participó su blancura, que la tenia muy grande, de lo negro de la tinta. Ella, sintiendo la burla, con una palmada que le dió en un brazo se limpió de lo teñido de la pluma, afeándole de camino al burlon caballero su accion; á que él respondió que nunca menos lució la tinta que en sus manos, gracia dicha por ironía, por tenerlas, como se ha dicho, muy blancas; ella, ofendida de la socarroneria, le volvió á dar otra palmada en las espaldas. Doña Isabel, que mas atendia á esto que á lo que hablaba con la señora de casa, encendida en rabiosos celos, se levantó del estrado donde estaba, y yéndose para don Alejandro, sin advertir lo que hacia ni la nota que daba, alzó la mano, y cogiéndole descuidado, le dió un gran bofetón en el rostro con tanta fuerza, que le hizo salir sangre de las narices, y con ella manchar el cuello. El, viendo tan intempestivo suceso, lo que hizo fué sacar un lienzo, y limpiándose la sangre, decir á su dama: No soy yo quien revela secretos tan apriesa; este ha durado lo que usted ha querido; y con esto, haciendo una reverencia, se bajó por la escalera y se fué á su casa.

Apenas doña Isabel ejecutó el impulso de su celosa cólera, cuando la pesó extrañamente de lo que habia hecho, no tanto por la señora de la casa, que era íntima amiga suya, cuanto por la que fué causa de su cólera y celos. A este tiempo vinieron unas hermanas de la que hacia aquella fiesta, con cuya venida la pesarosa doña Isabel se retiró con su amiga á un aposento, donde viéndose solas, dijo muy admirada: ¿Qué ha sido esto, señora doña Isabel? Nunca tal imaginara de vuestro recato y modestia; vuestra accion me ha dicho en breve término lo que en mucho no me podíades vos decir: yo ignoraba este empleo que me habeis celado; y así, mas debo á vuestros celos que á vuestra amistad. ¿Es verdad que os sirve don Alejandro? Que me holgaré con extremo. No la podia responder doña Isabel con la pena que tenia y las lágrimas que bañaban su hermoso rostro; mas despues de algun espacio, lo que la dijo fué: Ya que mi necia cólera y desatinados celos os han manifestado lo que yo no he hecho, solo os digo que me sirve don Alejandro con fina voluntad, y yo se la pago con otra tan grande; nunca le vi tan desmandado á burlarse; irrilóme la llaneza que tuvo con doña Laudomia; los celos son desatinados, y ellos han publicado mi amor con tan celerada accion. Pues vamos al remedio, dijo la amiga, que no es justo que don Alejandro no vuelva á esta fiesta, para dar que notar á doña Laudomia que queda sospechosa de vos. ¿Cómo lo harémos?

dijo la celosa dama. Fácilmente, replicó la amiga, con que le escribais un papel. Trajeron recaudo, y doña Isabel le escribió estos renglones:

«Efectos de amor y celos, aunque manifiesten rigor, no son agravios en el amante, sino favores; mas he hecho yo en aventurar el recato, que vos haréis en perder el enojo. Importa á mi reputacion que volvais luego á la fiesta, sin muestra de sentimiento, si no queréis que de hacer lo contrario le tenga yo tal, que por él me vengais á perder.»

Este papel llevó con diligencia un criado á casa de don Alejandro, donde le halló mudándose otro cuello para volver á la fiesta; holgóse con el papel, porque nada como los celos descubren los quilates de la voluntad; y así, luego obedeció á su dama con mas presteza; entró donde estaban las damas, dejando no poco sospechosa á doña Laudomia, con lo que habia visto, de que queria bien á doña Isabel, y pesábale algo, porque le parecia bien don Alejandro, y no quisiera verle tan bien empleado. Así como el galan se vió en presencia de doña Isabel, muy risueño la dijo: Yo he tratado muy como á templo esta sala, y mas á vuestro rostro, que por no violar al uno ni osar atreverme al otro, no tomé la venganza que ordena el duelo entre los galanes y damas; y cuando aquí no volviera, fuera corrido de haber andado tan poco alentado donde me habian dado ocasion de vengarme tan en mi favor. A esto repuso doña Isabel: Como yo soy tan servidora de mi señora doña Laudomia, tomé muy por mi cuenta su desagravio haciéndoos aquel favor, bien ajena de que habia duelo que disponga venganzas tan en contra de las damas. No pudo sufrir doña Laudomia que ella fuese motivo de su disculpa cuando lo habian sido los celos de su rigor; y así, le dijo sacudidamente: Nunca pensé que la poca amistad que tenemos se extendia á poner os en riesgo de mi defensora, cuando no me faltara osadia para vengarme; mas como estaba ajena de celos y poco cargada de agravios, no llegó tan presto la prontitud mia como el enfado vuestro; yo me huelgo ser la enigma de vuestras interpretaciones; para con quien fuédes servida pasen, que para mí ya yo le tengo dada otra solucion bien fácil y que nadie la ignoraba. Queriala responder doña Isabel, sentida de su sacudimiento; mas la señora de la casa donde esto pasaba, porque no se encendiese mas fuego donde se iba encendiendo, lo atajó con hacer que se sentasen en el estrado, que ya iban entrando damas á la fiesta. Aquella noche estuvo muy sazoadado don Alejandro, no dejando pocas damas amarteladas de él, entre las cuales era una doña Laudomia, que desde aquel suceso propuso hacer lo posible por sacarle el galan de su dominio á la celosa doña Isabel, y así lo cumplió.

CAPITULO VIII.

Donde el pasajero da fin á la novela.

Todos los favores que gozaba don Alejandro de su dama eran hechos con finísima aficion, porque esta dama le queria con grande extremo, si bien fué el po-